ERNESTO PALACIO

CATILINA

LA REVOLUCION CONTRA LA PLUTOCRACIA EN ROMA

EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

PALABRAS PARA ESTA EDICION

Escribí este libro hace casi tres lustros, como consecuencia de una experiencia política breve, pero intensa y aleccionadora.

Corría el año 1931. En el curso de pocos meses, había yo probado la esperanza y las zozobras de la conspiración, la euforia del triunfo, la responsabilidad (y el goce) del poder en una ínsula provincial, y muy pronto, el desengaño de los hombres a quienes ayudé a encumbrar y de los principios que profesaban. Me sentía defraudado en mi patriótico fervor juvenil; y lo que es peor, culpable de haber participado, por inexperiencia y por una suerte de fatalidad, inherente a mi posición y mis vinculaciones, en una empresa cuyo carácter maléfico se me hacía cada día más patente.

Mi conocimiento de los entretelones del régimen restaurado el 6 de septiembre y mi contacto íntimo con los triunfadores —ávidos de ususfructo— completaron mi harto imperfecta educación política. Comprendí que el patriotismo y el honor me vedaban seguir una carrera provechosa en las filas de quienes mostraban tan a lo vivo su falta de sensibilidad nacional. Y renunciando a mis obvias posibilidades de éxito y de lucro fácil, decidí romper con los comilitones de la víspera, abandonar la mesa del infame festín y solidarizarme en la calle con los vencidos.

Esta renuncia era, en mi caso, grave. Significaba abandonar el iniciado "cursus honorum", al que me empujaba una firme vocación. La decepción patriótica me obligaba al sacrificio de mi ambición —de mi ambición legítima—, que no ha sido nunca la de escribir libros, sino la de influir, con la acción y el consejo, en los destinos comunes. Al optar, en esa ocasión, por el partido derrotado, me condenaba, y lo sabía, a una lucha larga y obscura.

Rotos los vínculos con los amigos de la víspera y re-

ducido así a la soledad, empecé a consolar mis desventuras políticas con la lectura de los historiadores clásicos.

La frecuentación de Vico y Spengler me había inculcado la convicción de la repetición cíclica de los fenómenos sociales, por lo cual mis estudios se orientaban hacia la búsqueda de analogías, con el objeto de interpretar los hechos pasados a la luz de mi experiencia personal. Mi experiencia viva era la de la oligarquía triunfante, cuyo "modus operandi" había analizado a la perfección. Conocía el pecado por haber incurrido en él, como la ramera iluminada por la gracia; y sentía odio y desprecio por el pecado. En esas circunstancias (y en una edición holandesa de 1659, herencia de mi abuelo materno) releí el Bellum Catilinarium *de Salustio.*

No obstante la seducción del estilo y el aparente vigor de la argumentación, descubrí enseguida la falacia de la versión tradicional, que el gran historiador nos transmite. En el cuadro impresionante, y tan actual, de la corrupción política de una sociedad en decadencia y apenas velada por el convencionalismo verbal del retórico inigualable, surgía nítida en mi espíritu la figura de un Catilina nuevo, cuya realidad me hacía estremecer. Y en él se encarnaba sin esfuerzo mi propia decepción, mi propia indignación, mi propia rebeldía. ¡Sus enemigos eran mis enemigos! ¡Su drama era mi drama! A ese Cicerón, que se erigía hipócritamente en defensor de las instituciones, ¡yo lo había conocido! ¡Había hablado con él, poco tiempo antes, en la Casa Rosada! ... Acostumbrado a diagnosticar al oligarca hasta por la mirada y el gesto, ¡cómo no iban a hacérseme patentes en la forma de mentir y en el estilo de calumniar! De esta revelación surgió mi libro.

Yo estaba condenado a la inacción y la conspiración. Encerrado en una biblioteca, cuando todo mi ser me pedía guerra, la tarea de rehacer el episodio catilinario fué para mí una forma de liberarme, una válvula de escape, una compensación psicológica. Varios meses de trabajo febril, en la Biblioteca Nacional y en la quinta de San Isidro, con atardeceres de paz bajo los paraísos, después de la

tarea cumplida: horas en que el optimismo juvenil me hacía olvidar las desventuras públicas.

* * *

"Catilina" —que por diversas causas no apareció hasta 1935— ha sido un libro afortunado, que me ha proporcionado muchas pequeñas satisfacciones de vanidad. Desde su publicación, la generosidad de mis amigos lo exaltó en términos exageradamente encomiásticos, de los que fuí el primero en sorprenderme, y las críticas periodísticas coincidieron en la uniformidad del elogio. Confieso que esto último me intranquiliza bastante sobre su calidad.

Declaro carecer de ambición literaria y que consideraría el mayor de mis fracasos pasar a la posteridad solamente como escritor. Mi intención, al escribir "Catilina", no fué hacer una obra artística, sino un manual político, que facilitara a sus lectores la comprensión de las situaciones complejas y los conflictos que se presentan en la lucha eterna por el poder. No me proponía deleitar, sino instruir, con una experiencia personal aplicada a un episodio clásico. Quiere decir que los valores artísticos, si los posee, es por añadidura, como una consecuencia de mi afán por la claridad y el orden en la exposición, aprendidos de los modelos latinos.

Diré, para terminar, que la primera edición de este libro se agotó hace varios años y que sus ejemplares resultan inencontrables. Se da el caso de que la mayor parte de las personas que recuerdan hoy su existencia, lo conocen —y hasta lo elogian— por simple tradición oral y sin haberlo leído. Es la situación mas envidiable para un autor, pues lo asimila a los clásicos, creadores de obras maestras que tampoco lee nadie.

Si yo fuera un literato puro, no renunciaría a un privilegio tan seductor. Pero la solicitación, por una parte, de algunos jóvenes amigos, y por otra, mi convicción de que su lectura puede resultar políticamente útil a muchos, para comprender el fenómeno de las oligarquías político-sociales y la forma de acabar con ellas, me han

decidido a autorizar esta segunda edición, que se publica apenas con ligeras correcciones de forma a la edición primitiva.

* * *

Considero que "Catilina" sigue siendo un libro actual —mucho más, acaso, que en la fecha de su publicación—, en estos momentos en que nuestro pueblo se apresta para librar la batalla decisiva contra una oligarquía tan corrompida y tan antinacional como la que provocó la rebeldía del caudillo romano.

ERNESTO PALACIO.

9 de diciembre de 1945.